

Vámonos a encontrar aquellos árboles nuestros

A mi hermano Luis, pintor

Me es fácil reconocer aquel tiempo
tan reunido.

Hoy noto bien de verdad que dos corazones
vuelven a venir,

y las piedras y las focas de un álbum vivo, y nuestro.

Puedo perfectamente cambiar el recuerdo

por la tristeza que ahora tiembla en mi ventana y su aire
en veinticuatro años,

porque comparto de nuevo aquel lugar que nos vino bondadoso
y tan de frente a frente.

Ahora te digo de mí lo que aún no conozco,

la fuerza de la noche por sí misma,

el sentido nuevo de cada hora en la tierra gracias a la salvación
que necesitamos,

la renovación del miedo con menos inocencia que la de antes;

el verso que me nace con una reminiscencia clara como acostumbro
te lo enseño, tuyo es,

y es el centro de la amapola mía

y muy suave en mi enagua.

en esta pajarita de papel que hago con tan poco misterio

y va a salir tan misteriosa y blanca,

aún cuando alguien lo tenga en sus manos diferentes

a lo que son nuestros ojos.

Y te digo:

hay que volver, Luis, a lo de antes.

Al abismo cuando conocíamos aún menos cosas que ahora.

a la ternura tan simple del abrazo de la mañana al despertarnos
sin preguntar para qué,

sin preguntar nada más de ella porque no sabíamos hacerlo,
y vuelve a ser lo mismo en esto que te traigo.

Hay que volver, volver; intentaré muchas veces decirte por qué;
debe ser porque ahora mismo estamos viviendo,

lo que te hablo sin voz.

Ya sabes lo que puede pasar cuando se hacen algunas cosas
con las manos;

es un destino como un trueque medido,

son dos tirantes parecidísimos pero no se han podido separar,
tú, y yo,

nuestros paseos por Moraleja.

aquella torre como si nuestro corazón estuviera

tan arriba que podía mirar la campana.

Volver, venir y aparecernos ante nuestro río del verano,

chopos puestos sólo para nosotros,

tan sólo como nuestro deseo de hacerlos transparentes

en aquella hora, con corteza y todo;

y con el cansancio de la lentitud que nos caracteriza.

Ahora es Octubre y estamos en Madrid.

Tu pincel vive del verano, y mi verso también.

Pero esta mañana debíamos ir por higos,

o a recoger tranquilos los brazos que dejamos en el árbol,

y además mi obligación es hacerlo desde aquí dentro de mi modo,
éste que no puedo olvidar aunque quisiera.

Volver al lado de los niños que subíamos a casa,

y nosotros un poco mayores les decíamos que pintaran,

y después, a la noche, tú y yo nos subíamos como gatos buenos

a hacer el recuento de academias en color,

en nuestras manos.

Y este equilibrio de ahora, lo que llevamos puesto,

anda prendido por ahí, no lo dudes.

Hoy, Octubre, debemos hacer en esta ciudad
 lo que nos apetezca de allí;
 recorrer el puente que llevaba su agua,
 mirar la soledad de unas piedras y te acordabas de Tapies,
 y aquellas vueltas eran ya el acontecer que hoy tenemos.
 Yo no llevo pena, ni una pizca de pena
 por no haber conocido lo contrario a lo que vivimos;
 también porque la repetición de una soledad común
 se parece a la soledad del campo, indefensa y alta,
 nosotros conformes en esa medida.
 ¿Te acuerdas de aquellas tardes cubiertas de lo nuestro
 por si acaso estábamos nosotros
 dentro de ellas?,
 y hacia adelante nos íbamos por el tiempo de dos en dos,
 y la noche, ahora, viene para lo contrario de olvidarnos,
 para ocupar menos sitio en nuestro reconocimiento.

No hay miedo para mí en este poema que te recorto
 como calcomanía de luz real,
 como la luna grande de Enero desde la escalera,
 todo superpuesto y ya sabíamos avanzar;
 lo que ahora podemos decir que reconocimos,
 detrás de nuestros ojos iban las cigüeñas
 y por rápidas que fueran no podían venir,
 pero ellas nos conocían perfectamente.
 Y ahora quiero decirte esas mismas cosas que tuvimos,
 con una diferencia de color en el ala;
 decirte que la vida que ahora existe a mi alrededor,
 la quiero o no,
 es más importante que yo, estoy segura;
 y que tú tendrás también la tuya como uniforme
 por donde es difícil que muera el mismo corazón,
 la constancia del hombre,
 y el silencio por mucho que oculte;
 y además porque sabemos muy bien que las campanas de ayer
 vuelven a tocar indefinidas.

Qué decirte; pero sí. Tengo mucho para ti en el tiempo.
 Decirte que el cuerpo y la balanza son lo mismo,
 y espero que me reconocerás también.
 Apenas sabes que escribo poemas y que pienso
 con la cintura de pronto...,
 y qué difícil es explicarte esto y coger el cuello
 de la paloma aquí; igual que el perro estoy en mi ventana,
 y vivo enfrente de mi respiración.
 A ti es más fácil decirte que te conozco, Luis, ahora mismo.
 Déjame atragantarme de esta claridad.
 Porque sé como mueves tu caballo junto a mi reina,
 también tu cabeza en el tiempo y quiero traértela
 a mi regazo de hermana como antes, cada día menos cursi
 y más cursi seguramente.
 Yo sé que las lágrimas supieron mejor compartidas;
 ellas saben bajarse siempre del ojo,
 y la boca está en su puesto para retenerlas
 en el surco,
 caliente y verdadero en el esfuerzo.
 Yo amo de nosotros, antes y ahora,
 la lentitud de nuestro silencio,
 y el hablar cuando hablamos tan deprisa.
 Ya ves, aquel señor en el tren que me preguntó si yo te conocía
 y acababa de mirarle.
 Tú y yo sabemos fijarnos en todas las paredes,
 en las rebecas de las niñas de Moraleja en Semana Santa;
 en la bici que pudo ser langosto a nuestro lado;
 en los patos tartamudos en el pico,
 en el rincón de la iglesia donde siempre
 se colocaba la pelota,
 yo quería entonces cortarme las pestañas
 —en cuarto creciente—
 porque volverían a crecer más.
 Las lumbres de invierno y hasta en verano,
 las lumbres, Luis,
 como un capricho grande de hacer
 o de llevarse la noche por delante

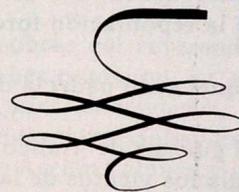
en esa fuerza roja descolocada siempre;
 en los polos de hielo, y nada más sorber
 se ponía el polo blanco. había sido rosa, amarillo,
 y hasta añil con un poco de imaginación nuestra
 como el zócalo de dos casas juntas.

Estoy segura de lo que voy diciendo;
 segura de un reconocimiento claro,
 de unas bóvedas nuestras,
 de dos ternuras juntas al borde de la noche
 que ya tenemos encima,
 dos puertas golpeadas por el aire
 y el viento se atreve a decir que nos ama.
 También me acuerdo ahora
 de aquella soledad nuestra en la terraza,
 y la hoja que no pasaba nunca al canalón,
 te lo recuerdo como una niña sabia antes más que ahora.
 Y qué bien la una, la hora de comer, y después, libres ya,
 íbamos a partir los piñones y allí mamá
 gordita a nuestro lado.
 Yo me estoy comprometiendo en este poema,
 en toda la fuerza de entonces,
 la identidad de ojos, tardes, sol cerquísima,
 y el perro durmiendo a nuestro lado.
 Y qué entretenimiento cuando después de cenar
 se metía un murciélago en el cuarto de tus pinturas,
 y había un silencio y una espera acomodada porque volvería
 a salir,
 y si no, no importaba, ya había ocurrido muchas veces,
 abríamos más la ventana
 y a la mañana siguiente ya no había murciélago.
 Y escucha lo que te digo ahora: la i con la u, zorro;
 la i con la a, casa.

Este poema quiere ser lo que él quiera;
 hierba, o diente en la boca,
 o nuestras manos como entrega que ya está hecha.

Y mientras acaba, ya te digo lo último:
 puesto que el tiempo es implacable como la tormenta,
 ponte de nuevo a reconocer mi monte, te hará falta,
 la voz de mi mariposa y la visión de mi cuello de niña
 que va para mayor.

Pureza CANELO GUTIERREZ



(Del libro «Lugar Común», Premio Adonais 1970).